

UNO

Cabe preguntarse qué buscan los lectores en crímenes, ruinas, catástrofes, negocios, idilios, coronaciones, éxodos, bodas, guerras y otros acontecimientos aparentemente ajenos a sus vidas. Pensemos en el lector común de novelas. ¿Qué relación tiene su vida con los entes de ficción?: la sospecha de que en ellos, por irreales que parezcan, se esconde una verdad que no podrían descubrir de otro modo.

Siempre pensé que Max habría preferido ser un ente de ficción, si de ese modo hubiese descubierto una verdad que en absoluto creía se encontraba en él. Pero ese camino no puede recorrerse más que en un sentido. Un ente de ficción puede llegar a ser alguien real; y los seres reales son desgraciados porque no pueden convertirse en entes de ficción y han de sobrellevar sus propias desdichas, a menudo incomfortables.

Todo empezó en Constanza.

Max era entonces una persona seria e introspectiva, comunicativo para con los demás

y retraído consigo mismo, aunque con una disposición inmejorable para la ironía y el humor inglés. O sea, asequible e insondable al mismo tiempo.

Tolstoi ha escrito que «todas las familias felices se parecen unas a otras, pero cada familia desdichada lo es a su manera». No lo sé. Los que viven en los suburbios de Constanza confirmarían que sufren *las mismas* desdichas y de *la misma* manera, y además continuamente. También le preguntaron a Tolstoi por qué razón sus novelas terminaban siempre mal, y respondió que con la felicidad no se podían escribir novelas. Esto quizá sea exacto, pero sin esperanza de felicidad no podríamos vivir y sin una cierta dicha tampoco pueden leerse novelas. Mientras somos felices, la realidad se diluye y todo a nuestro alrededor nos parece... engañoso y muy frágil.

Esto traía abatido a Max por aquellos días: se sentía bien, pero también atribulado por ello, no le parecía *justo* ser tan feliz y precisamente por aquella causa. Es decir, estaba siendo feliz a pesar de lo que él creía su *destino*, contra el que se había atrevido a rebelarse. ¿Y por qué razón? Su drama podía considerarse pueril, de tan ancestral: cuando más creía

amar a su mujer, había aparecido... otra. Se había atrevido a pensar: «No más tragedia, nada está escrito».

Como tantos hombres en parecidas circunstancias, había tratado de olvidar lo sucedido. Se dijo un millón de veces que amaba a su mujer, y sin embargo cada día que pasaba se le hacía más difícil vivir con ella. Sus principios morales en la vida, netos y claros hasta ese momento, se desdibujaban cuando pensaba en términos amorosos. No sabía dónde estaba el bien y dónde el mal. «Probaré», se dijo, «que no hay ni mal ni bien en todo esto. Que la suma del mal y del bien es la inocencia».

Cinco meses después de lo ocurrido en Constanza la doctora María Jesús Heras, que tenía su consulta en un piso de la calle Moreto, le recomendó que pusiera por escrito todo lo ocurrido en aquella ciudad americana, tal y como había sucedido, insatisfecha de la marcha de las sesiones, y convencida de que esa terapia que le había dado buenos resultados con algunos pacientes sería también apropiada para él. Al parecer, cuando leen de su puño y letra los hechos de su vida, no sólo empiezan a reconocerlos, sino que les otorgan el estatuto de realidad, principal escollo con

que tropieza nuestra mente. Max se resistió como pudo a la sugerencia de la doctora, y le replicó que no estaba dotado para la escritura. Le dijo que le costaba comunicarse hablando, cuánto más escribiendo. Hasta lo que no eran más que hechos, escritos por él le parecían sin vida, irreales y desvanecidos.

Dedicó no obstante varios días a meditar sobre ese asunto. La tarea de relatar por escrito «su caso» la encontraba escolar, propia de la adolescente que lleva uno de esos diarios defendidos con un candado de juguete. Y sin embargo, y puesto que imaginaba que el buen término de aquellas sesiones pasaba por el cumplimiento de todas y cada una de esas recomendaciones, una noche, en su casa, cuando Clodín y Antón dormían, y después de corroborar que también lo hacía Cathy, su mujer, encendió su portátil y escribió:

«I was waiting for Claudia at the hotel».

Escrito, el nombre de Claudia tuvo que resultarle extraño. Jamás me había llamado de esa manera. Mi nombre, escrito en su casa, despertó en él un sinfín de sentimientos contradictorios, según me confesó dos meses después. Como si, aprovechando que todos dormían, hubiera abierto la puerta del piso donde tenía a su fami-

lia y me hubiera dicho: «Pasa, Clau, nadie nos ve», le parecía que traicionaba con ello a seres a los que amaba y por los que sintió en ese mismo momento también una mezcla confusa de afecto y de impaciencia. No podía culparles de nada de lo que había sucedido. Si los hubiera encontrado culpables, le habría aliviado. Consideró este sentimiento no por irracional menos mezquino. Imaginó además que si su mujer y sus hijos desaparecieran súbitamente de su vida, acaso ésta resultara más fácil para todos. Se imaginó libre, y esa figuración trajo algo de fugaz sosiego a su espíritu. Se sintió aliviado con la suposición, y eso también le pareció monstruoso. ¿Tendría que confesar a la doctora todos esos sentimientos turbios y de origen desconocido para él, o habría de limitarse a relatar lo sucedido en Constanza? Ni siquiera me había puesto al corriente de esas visitas.

«I was waiting for Claudia at the hotel.»

En cierto modo me había estado esperando toda su vida sin saberlo. Aunque eso lo tenía claro... a medias. Por tal razón había acudido a la consulta de aquella doctora.

«... Esperando a Claudia...» Era una sola frase que expresaba con exactitud lo que aquella tarde de hacía cinco meses había su-



cedido, pero en absoluto permitía ir más lejos, esas palabras no expresaban toda la dicha que sintió entonces mientras nos esperaba. No encerraban la magia de aquella antigua ciudad colonial, la música de las charangas constan-
ceras, el alcohólico perfume de flores de nombres exóticos nunca antes vistas por él y el de las frutas tropicales, el calor, aquella calima que parecía disolver la voluntad y amotinar los sentidos. «Esperando a Claudia.» Le pareció también el título de una novela, según me dijo, pero no sintió que su destino fuese yo ni que su historia fuese una novela. Además, el destino sólo se hace notar en las novelas malas. Quienes sufren, y él sufría a pesar de ser feliz, consideran que su vida es una novela, porque acaso siendo novela imaginan que les sucede a otro y que es otro, por tanto, quien sufre, y logran de ese modo sortear su desesperación. Max, sin embargo, sintió que no podía ser el novelista de su propia novela, como quería María Jesús Heras. Además, ¿para qué contarse una novela que él ya conocía de sobra, y que en todo caso tampoco había acabado de suceder? Máximo no leía novelas. Era un hombre práctico. Las únicas novelas que había leído en su vida, en Inglaterra, de Aga-



tha Christie, no despertaron en él la costumbre de la lectura. Al contrario de lo que me sucedió a mí. Pero esto no viene al caso ahora.

«¿Se sentía bien entonces? ¿Sigue así? ¿Y cómo es que sintiéndose bien ha venido a verme? Sería usted el primero.» Desde ese momento María Jesús Heras lo trató de usted. Pasaba consulta con un collar de perlas, una blusa de seda color blanco roto y unos zapatos de ante negro, como si pensara incorporarse a un cóctel acabada la sesión con él.

Antes de responder, Max se distrajo mirando las perlas. Habrían podido ser de su madre. En una de las fotos que conservaba de ella se la veía con un collar parecido. Aseguraba que guardaba de su madre una imagen nítida, pero eso era muy improbable, porque su madre había muerto cuando él tenía seis años. Sin embargo defendía lo contrario: «Me acuerdo perfectamente de ella, de cómo era, de cómo me abrazaba». Yo se lo discutía: «Crees que recuerdas, pero lo más seguro es que lo que recuerdas es lo que has visto en las fotografías». ¿Tendría que ver aquella pérdida temprana con el modo en que Max se relacionaba con las mujeres? ¿Incluso con el hecho de que fuese fotógrafo? No lo he pen-

sado nunca. Tal vez la doctora le aclarara esas cuestiones, y si tenía que ver el hecho de ser huérfano para relacionarse como lo hacía con las mujeres, aunque a él le importaba muy poco saber cómo y por qué se relacionaba con ellas como lo hacía. Únicamente le interesaba el *caso Claudia*, como lo llamó. Me reí al saber que yo había sido un caso. No le interesaban los análisis complejos de la conciencia. Se consideraba, hasta ese momento, una persona sana mentalmente. «Normal, doctora, soy normal», fue lo primero que dijo el primer día de las consultas, cuando ni siquiera le había contado nada de lo nuestro. Llegó a decirme que tampoco tenía pensado hacerlo. La doctora le respondió con una pregunta: «¿Qué sería para usted anormal?».

Máximo no respondió.

—¿Era feliz?

La doctora Heras repitió la pregunta. Max estaba a punto de quedarse dormido. Echado en un diván tan cómodo, a veces le costaba mantenerse despierto.

—No. Yo creo que muy feliz —admitió al fin, con timidez y bajando la voz.

No respondió, como hubiera hecho cualquiera: «Sí, fui feliz». Muy típico en él. Em-



pezó negando: «No», y acto seguido trató de relativizar una felicidad incuestionable como si se tratara de algo discrecional, seguramente porque le parecía inadecuado ser tan feliz y se culpaba por ello, como si no tuviese derecho precisamente a nombrar aquella felicidad, pensó en Cathy y en los niños y pensó en mí, y por eso dijo «yo creo», algo que equivalía a un «puedo estar equivocado», aun sabiendo que no lo estaba en absoluto. Yojalá lo hubiese estado, desde su punto de vista entonces. Habría podido seguir con la vida que llevaba hasta ese momento. No era en absoluto mala. Tenía un buen trabajo, le gustaba su trabajo; tenía una gran familia, una mujer admirable, dos hijos sanos, felices. No tenían problemas de dinero, tampoco problemas de salud. Cathy le amaba, y él a Cathy, se llevaba aceptablemente bien con sus hermanos... Pero aquel día de cinco meses atrás se sintió más feliz que nunca sin familia, sin su mujer, sin sus hijos, al margen de su trabajo. ¿Cómo podía entenderse eso? Evitó igualmente poner un verbo en su frase, no dijo «era» o «fui» feliz, ni mucho menos «sigo siendo feliz» (la gente paga una abultada cantidad de dinero para que alguien escuche sus desdichas, no para lo



contrario, y sobre todo para analizar esta clase de matices). Y eso fue lo que la doctora anotó con trazos tumultuosos en un elegante bloc, esa respuesta, y sin dejar de escribir ni levantar los ojos prosiguió el coloquio:

—¿Y no es feliz ahora?

Fue Cathy quien, viéndole más «raro» que de costumbre, buscó a aquella terapeuta y le sugirió que pidiera cita. Excepto Cathy nadie sabía que llevaba cuatro semanas visitándola. No decírmelo, más que una deslealtad hacia mí, le pareció una forma de fidelidad para con Cathy, cuando ya no le podía dar nada más. Quizá pensó que poner por escrito algunas de sus experiencias y sentimientos le ayudaría a distanciarse y empezaría a ver algo de luz. El vacío como atalaya para divisar su lado oscuro. Y la luz como materia.

«*I was waiting for Claudia at the hotel.*»

Quiso guardar esta frase y para ello tenía que dar un nombre al archivo. Temía quizá que aquellas pocas palabras que le habían costado media hora de cavilaciones pudieran borrarse de repente. Era necesario etiquetarlas. Se quedó en blanco frente a la pantalla. Tecleó «Claudia» en la reserva del archivo, pero se apresuró a borrar ese nombre con la precipi-

tación de quien quiere hacer desaparecer las huellas de un crimen. Se acordó de Agatha Christie. Lo substituyó por «Hechos». ¿Quién podía saber cuáles habían sido los hechos? ¿Quién sabe nada de los hechos? Es demasiado pronto para explicarlo, pero yo sé ya bien que los hechos son un aspecto secundario de la realidad. Y añadió: «Análisis». Envió ese documento nuevo a su correo electrónico del estudio y a continuación lo arrastró a la papelera de su ordenador, cursando la orden de vaciarla. Acto seguido eliminó también del buzón de su portátil las huellas de ese envío. La mecánica de hacer desaparecer aquellos rastros ya no le llenaba de congoja, como cuando, al principio de toda la historia, había de borrar de su móvil cualquier impronta de mis llamadas o de las tuyas a mí, cosa que sucedió y seguía sucediendo varias veces por semana. Se había convertido en un experto en el arte del disimulo. Lo mismo que yo. Ninguno de los dos sufríamos por ello; al contrario, sabíamos que evitábamos con tales precauciones la posibilidad de hacer más daño a otros. Daños a terceros.

Apagó su portátil. Pero los hechos no desaparecieron por ello. Los hechos, pensó, le

tenían exactamente en el mismo lugar que hacía cinco meses. Todo es presente. «No tenemos otra cosa», le repetía yo. «No tenemos más que presente, amor mío», le repetía yo a diario, mientras Cathy insistía en todo lo contrario: que volviera el pasado, «que las cosas vuelvan a ser como antes».